

Enrique Moradiellos

1936

Los mitos de la guerra civil



PENÍNSULA ATALAYA

Enrique Moradiellos

1936

Los mitos de la Guerra Civil

ediciones península

© Enrique Moradiellos García, 2004

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición: septiembre de 2004
Primera edición en este formato: octubre de 2019

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionesperinsula@planeta.es
www.edicionesperinsula.com

GAMA - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 16.628-2019
ISBN: 978-84-9942-848-2

ÍNDICE

Prefacio	13
1. Los perdurables mitos sobre la guerra	19
2. La tarea desacralizadora de la perspectiva historiográfica	32
3. Las tres Españas de 1936	43
4. Inevitabilidad, contingencia y responsabilidades	68
5. Razones de una victoria absoluta y causas de una derrota total	87
6. La faceta militar y estratégica	101
7. La dimensión institucional y económica	113
8. El ámbito de la moral de combate en retaguardia	136
9. El espejo exterior y sus reflejos	148
10. El rostro humano de un vencido	171
11. El rostro humano de un vencedor	195
Un epílogo abierto	219
Fuentes informativas y bibliografía	227
Índice de nombres	245

LOS PERDURABLES MITOS SOBRE LA GUERRA

Habida cuenta de esa doble importancia y transcendencia histórica señalada, cabe comprender la génesis durante el conflicto y la persistencia posterior de un modelo de interpretación de la guerra civil española que se articulaba sobre un esquema de dualismo tan épico como maniqueo. En otras palabras: sobre un verdadero *mito* por su condición de relato y representación que organiza y trata de explicar la realidad tratada como una acción extraordinaria a cargo de protagonistas sobresalientes (individuales o colectivos) bajo un formato idealizado, ritualizado, de perfiles nítidos y rotundos y sin atisbos de duda, incertidumbre o contradicción. Ya en 1954 decía Hans-Georg Gadamer que, desde la Grecia clásica y hasta la actualidad, «la relación entre mito y *logos* (razón)» es «la que existe entre el pensamiento que tiene que rendir cuentas y la leyenda transmitida sin discusión», de modo que «el mito está concebido en este contexto como el concepto opuesto a la explicación racional del mundo».¹

Esta duradera representación conceptual de la guerra como un mito de combate heroico a vida o muerte entre dos bandos contendientes (uno «bueno», el otro «malo») se apoyaba en la existencia de aquellas «dos Españas» definidas por una línea de frente pero

1. *Mito y razón*, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 14 y 27. En igual sentido básico se expresa Paul Ricoeur al atender a la relación entre relato mítico y relato histórico: «Myth and History», en Mircea Eliade (ed.), *Encyclopedia of Religion*, Nueva York, Macmillan, 1987, vol. 10, pp. 273-281.

cuyo origen era anterior a las propias hostilidades, según una variada fórmula retórica acuñada en las décadas de entresiglos: la «España legal» frente a la «España real»; la «España joven» frente a la «España vieja», la «España tradicional» frente a la «España moderna», etc.²

La simplificación dicotómica inherente a este esquema de interpretación como gesta heroica y maniquea tenía mucho que ver con las necesidades de movilización y unificación de cada bando combatiente y resultaba de notoria utilidad explicativa y justificativa de cara a la retaguardia interior tanto como al ámbito exterior. Así, al menos, lo había previsto y afirmado el escritor y poeta gaditano José María Pemán (1897-1981), un ferviente propagandista de la causa insurgente liderada por el general Franco: «Las masas son cortas de vista y sólo perciben los colores crudos y decisivos: negro y rojo».³

Precisamente Pemán, ya en plena guerra civil, habría de ser uno de los formuladores y divulgadores de la imagen dicotómica más extendida y aplaudida en el bando franquista. Era una visión centrada exclusivamente en las dimensiones nacionales y religiosas del conflicto y tomó cuerpo lírico en su *Poema de la Bestia y el Ángel* (elaborado durante 1937 y publicado en 1938). Aunque el título ya fuera revelador, el tono y cariz de esa interpretación dualista, épica y fuertemente maniquea se aprecia sobradamente en algunas estrofas del mismo:

Otra vez sobre el libro azul que baña
la luz naciente en oro ensangrentado,
el dedo del Señor ha decretado
un destino de estrella, para España.

2. Sobre la génesis y formato de este esquema dicotómico véase Vicente Cacho Viu, «La imagen de las dos Españas», *Revista de Occidente* (Madrid), n.º 60, 1986, pp. 49-77.

3. Citado en A. Reig Tapia, *Memoria de la guerra civil*, p. 255. La frase forma parte del libro *El hecho y la idea de la Unión Patriótica*, publicado en 1929.

(...)

San Jorge frente al dragón,

San Miguel frente a Satán.

(...)

Y el enemigo sigue siendo el mismo

Oriente pecador.

No hay más: Carne o Espíritu.

No hay más: Luzbel o Dios.⁴

Esa interpretación dicotómica y de contenidos épicos no quedaba reducida a las proclamas literarias de los propagandistas bélicos, ni mucho menos. Formaba parte integral también del universo mental e ideológico de los círculos militares y políticos que dirigían la insurrección y que conformarían la elite gobernante del incipiente régimen franquista. Baste un mero ejemplo para demostrar la amplia extensión de esa cosmovisión de la guerra civil como una contienda «por Dios y por España» frente a un enemigo demonizado y apátrida (por estar al servicio del comunismo internacional y ser dirigido desde Moscú).

El 13 de agosto de 1936, Isidro Gomá, cardenal primado de la Iglesia española y arzobispo de Toledo, remitió a la Santa Sede el que sería su primer informe reservado y confidencial sobre la guerra española en curso. La posterior sacralización del esfuerzo bélico franquista como una verdadera Cruzada religiosa y nacional estaba ya implícita en su descripción de ambos bandos:

En conjunto puede decirse que el movimiento (insurreccional) es una fuerte protesta de la conciencia nacional y del sentimiento patrio contra la legislación y procedimientos del Gobierno de este último quinquenio, que paso a paso llevaron a España al borde del abismo marxista y comunista.

4. J. M. Pemán, *Poema de la Bestia y el Ángel*, Zaragoza, Jerarquía, 1938. Citado en A. Reig Tapia, *Memoria de la guerra civil*, pp. 210-211; y en Julio Rodríguez Puértolas, *Literatura fascista española. Antología*, Madrid, Akal, 1987, pp. 170-187.

(...) Puede afirmarse que en la actualidad luchan España y la anti-España, la religión y el ateísmo, la civilización cristiana y la barbarie.⁵

Apenas un día después de redactado ese informe confidencial, una alocución radiada del canónigo magistral de Salamanca, Aniceto de Castro Albarrán (luego impresa y difundida), daba publicidad a esa interpretación religiosa y patriótica. No en vano, el mencionado canónigo se interrogaba abiertamente sobre si las operaciones en curso eran «una guerra santa o una execrable militarada». Y su respuesta no admitía duda alguna: «Es una lucha por Dios y por la Patria. (...) Será nuestro grito el grito de los cruzados: ¡Dios lo quiere!». ⁶

Frente a la interpretación insurgente y franquista, el bando republicano, por supuesto, no tardó en elaborar y producir su propia imagen alternativa de la naturaleza y significado del conflicto fratricida en curso. Tendría el mismo formato dualista y análogos tintes heroicos y maniqueos. Pero, a diferencia de los contornos nacionales y religiosos predominantes en el campo enemigo, la lectura mayoritaria en la zona republicana tendería a centrarse en aspectos clasistas y político-ideológicos de la contienda: la resistencia del «pueblo» frente a los «privilegiados» y sus valedores extranjeros «invasores» (la Italia fascista y la Alemania nazi); de los «demócratas», «republicanos» y «antifascistas» frente a los «reaccionarios», «monárquicos» y «fascistas».

Así, por ejemplo, cabe considerar que el poeta zamorano León Felipe (1884-1968) adelantó su réplica literaria a José María Pemán en un artículo en prosa publicado en el diario madrileño *El Sol* el 14 de noviembre de 1936:

5. María Luisa Rodríguez Aisa, *El cardenal Gomá y la guerra de España. Aspectos de la gestión pública del Primado, 1936-1939*, Madrid, CSIC, 1981, pp. 19 y 23.

6. Citado en Hilari Ragner, *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil Española*, Barcelona, Península, 2001, pp. 105-106.

Hay dos Españas: la de los generales bastardos y traidores y la de los poetas hijos de la tierra y de la historia verdadera; la España de Franco y la España de Machado. La de la hombría y la del señorito degenerado, la del Cid y la de los infantes de Carrión, la de los privilegios de la rapiña y la de la justicia luminosa.⁷

Y aunque las organizaciones políticas y sindicales leales a la República (u hostiles a la sublevación) carecieran de la férrea unanimidad interpretativa de sus enemigos (como veremos con posterioridad), podría aceptarse que la siguiente declaración de José Díaz, secretario general del Partido Comunista de España, hace justicia a la interpretación (en clave clasista y política) predominante en sus filas a la altura del año 1938:

El punto de partida de la guerra que hoy se libra en España es la sublevación de las castas reaccionarias, dirigidas por los generales traidores, contra la enorme mayoría del pueblo que, basándose en la Constitución y en la ley republicana, querían resolver de una vez y para siempre los problemas de la revolución democrática.⁸

Incluso los adversarios más radicales del comunismo ortodoxo stalinista en las filas republicanas no dejaron de aceptar buena parte de esa interpretación clasista alentada por el PCE y la Internacional Comunista. El propio León Trotsky, al comentar los últimos estertores de la guerra civil en febrero de 1939, recogía la idea de una mayoría del «pueblo» haciendo frente a militares, «propietarios» y potencias «capitalistas» como clave de lectura de la crisis bélica española:

En el bando de Franco no hay ni un Ejército poderoso ni apoyo popular. Sólo está la codicia de propietarios dispuestos a ahogar en sangre a tres

7. Reproducido por M. Tuñón de Lara (dir.), *La guerra civil española*, pp. 303-304.

8. Artículo publicado en *Nuestra bandera* en febrero de 1938. Reproducido en M. Tuñón de Lara, *op. cit.*, p. 302.

cuartas partes de la población aunque sólo sea para mantener su dominio sobre la parte restante superviviente. Sin embargo, esta ferocidad caníbal no era bastante para ganar la victoria sobre el heroico proletariado español. (...)

Las clases poseedoras de todos los países capitalistas, tanto fascistas como democráticos, se alinearon como era natural con el bando de Franco. La burguesía española se había pasado en bloque al bando de Franco.⁹

Estas visiones contrapuestas (y ambas dualistas, épicas y maniqueas) sobre el carácter y sentido de la guerra civil española fueron intensamente divulgadas durante las hostilidades y tuvieron una prolongada vida y vigencia con posterioridad, tanto en el plano del discurso público como en el ámbito historiográfico. No en vano, el supuesto enfrentamiento entre dos mitológicas y cuasi-eternas Españas que habían combatido a muerte entre 1936 y 1939 servía para legitimar moralmente las opciones políticas y evitaba mayores afanes críticos (sobre todo en relación con los defectos y carencias del propio bando).

En todo caso, la persistencia de la interpretación de la guerra civil como una gesta heroica y maniquea fue particularmente intensa en el bando franquista en razón de su propia victoria y de la longeva duración del régimen político triunfante en el conflicto. Basta comprobar, al respecto, la notable identidad de dos publicaciones oficiales en dos momentos bien distintos de su existencia: la ingente *Historia de la Cruzada Española* (dirigida por el periodista Joaquín Arrarás Iribarren y publicada en Madrid en ocho volúmenes por Ediciones Españolas entre 1939 y 1943) y la más breve *Síntesis histórica de la Guerra de Liberación* (publicada en Madrid por el Servicio Histórico Militar del Estado Mayor Central del Ejército en 1968).

9. Leon Trotsky, «The Tragedy of Spain», *Socialist Appeal*, 10 de febrero de 1939. Reproducido en V. Cunningham (ed.), *Spanish Front. Writers on the Civil War*, p. 367. Hay una edición española del texto en L. Trotsky, *La revolución española*, Buenos Aires, El Yunque, 1973, p. 178.

Por el contrario, la intensidad de las divisiones internas en el bando derrotado y la fragmentación orgánica y geográfica del exilio republicano crearon dificultades casi insalvables para conformar una visión unitaria y compartida del fenómeno bélico más allá de su mínima condición de «guerra antifascista». Así se comprueba, por ejemplo, en el contenido de tres versiones muy contrapuestas, si no antitéticas: la del presidente Manuel Azaña (recogida en sus artículos de 1939 posteriormente publicados como *Causas de la guerra de España*); la del dirigente anarquista Diego Abad de Santillán (*Por qué perdimos la guerra. Una contribución a la historia de la tragedia española*, de 1940); y la tardía historia «oficial» del Partido Comunista de España dirigida por Dolores Ibárruri (*Guerra y revolución en España*, aparecida entre 1966 y 1977).¹⁰

En el caso franquista, la persistencia inalterada de la visión dualista original fue producto de la imposición de una férrea censura militar en el tratamiento de lo que se denominó oficialmente la «Guerra de Liberación» (contra el comunismo) o la «Cruzada Española» (contra el ateísmo). El prefacio del decreto de 23 de septiembre de 1941 sobre las «Obras referentes a la Guerra de Liberación o su Preparación» afirmaba que, «estando tan reciente la terminación de la campaña, pudiera suceder que al enjuiciar, se desvirtuase la significación del Movimiento Nacional o padeciese la verdad histórica». Por consiguiente, se disponía:

Artículo 1.º Las entidades y personas civiles y militares, autores, editores o traductores de obras en las que se trate de la campaña de nuestra Cruzada, o que en cualquier forma o extensión se refieran al aspecto militar o preparación de la misma, la someterán a la previa autorización del Ministerio del Ejército, sin perjuicio del cumplimiento de las disposiciones que regulan toda clase de publicaciones.

10. M. Azaña, *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1986. D. Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, Buenos Aires, Imán, 1940. D. Ibárruri y otros, *Guerra y revolución en España*, Moscú, Progreso, 1966-1977, 4 vols.

Artículo 2.º Queda prohibido a editores, impresores y establecimientos comerciales, editar ni poner a la venta obras de esta clase que, a partir de la publicación de este Decreto, no lleven el «visado» del Ministerio del Ejército. (*Boletín Oficial del Estado*, 24 y 25 de septiembre de 1941.)

Habría que esperar hasta 1964 (con motivo de la celebración oficial del «XXV Aniversario de la Paz de Franco») para que esa estricta vigilancia militar sobre las interpretaciones históricas de la guerra fuera eliminada como parte del programa de remozamiento y apertura tecnocrática del régimen franquista auspiciado por Manuel Fraga Iribarne desde el Ministerio de Información y Turismo.

Al mismo tiempo, Fraga también creaba en el seno de su ministerio una «Sección de Estudios de la Guerra de España» que pasaría a estar dirigida por un funcionario e historiador muy prolífico: Ricardo de la Cierva. Las publicaciones de la nueva entidad, por expreso deseo de su director, comenzaron a utilizar el más aséptico vocablo «guerra de España» con preferencia a «Cruzada» y «Guerra de Liberación», pero sin admitir inicialmente el término «guerra civil» por sus connotaciones de equidad entre bandos combatientes y reconocimiento de fractura interna y endógena del propio país.¹¹ Ya había dejado suficientemente claro el motivo en 1945 el padre redentorista Andrés Goy, autor de un texto oficial de formación religiosa y patriótica para los jóvenes escolares: «No era aquella guerra civil, porque no es guerra civil la que mantiene la autoridad contra los ladrones, asesinos e incendiarios: eran los momentos del ser o no ser del alma española».¹²

11. Véanse los testimonios de Fraga y La Cierva en Paloma Aguilar, *Memoria y olvido de la guerra civil*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 184-185 y 196. Cfr. P. Preston, «La historiografía de la Guerra Civil española: de Franco a la democracia», en J. L. de la Granja y otros, *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, pp. 161-174.

12. Andrés Goy, *Religión y Patria. Estampas religioso-patrióticas*, Madrid, Editorial El Perpetuo Socorro, 1945. Reproducción facsimilar en Luis Otero, *Flechas y Pelayos*, Madrid, Edaf, 2000, p. 21.

Ambas medidas «aperturistas» trataban de responder a las demandas del nuevo perfil de la visión y memoria de los españoles sobre la contienda civil, muy transformada por los profundos cambios socio-económicos que estaba experimentando la sociedad durante el decenio «desarrollista» y por las nuevas concepciones abrigadas sobre aquel fenómeno histórico. De hecho, no cabe duda de que por entonces un nuevo modelo interpretativo estaba suplantando a la previa imagen dualista de la gesta heroica y maniquea.

Se trataba de una concepción quizá igualmente dualista en formato (seguían presentes las dos «Españas»), pero que concebía el conflicto como una «tragedia colectiva» vergonzante y vergonzosa. Era una visión de la guerra civil como una inmensa «locura colectiva» y como un rotundo «fracaso» conjunto de todos los españoles («Todos fuimos culpables, en mayor o menor grado»), sin claros tintes heroicos que loar y con muchos componentes trágicos que lamentar. En cierto sentido, parecía ser la triunfal reactualización de las viejas tesis de Miguel de Unamuno en 1936 sobre la guerra «civil» en curso: «Entre marxistas y fascistas, entre los hunos y los otros, van a dejar a España inválida de espíritu».¹³

Por supuesto, la transición desde el mito de la gesta heroica al mito de la locura trágica fue lenta, progresiva y quizá nunca completa (en el sentido de que no desterró la supervivencia de los mitos iniciales en ámbitos minoritarios). Pero sus orígenes son bien perceptibles ya en la década de los años cincuenta con la publicación (y el enorme e inesperado éxito) de la novela de José María Gironella *Los cipreses creen en Dios* (1953), que versaba sobre los antecedentes inmediatos de la contienda y mostraba (hecho insólito hasta entonces) la existencia de republicanos honestos y bienintencionados: «Gironella fue el primer novelista que planteó el sentimiento de la guerra

13. Miguel de Unamuno, *Epistolario inédito. II. 1915-1936*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, carta n.º 479, p. 352, fechada en Salamanca el 1 de diciembre de 1936.

como una gran catástrofe» (según el historiador Fernando García de Cortázar).¹⁴

Igualmente resulta perceptible ese nuevo ánimo y discurso en la adopción por el Partido Comunista de España en junio de 1956 de la política de «reconciliación nacional» para derribar el franquismo «pacíficamente». Justo en aquel mismo año, testigo de una de las primeras y más graves crisis internas del régimen, también la muy minoritaria oposición demócrata-cristiana articulada por Manuel Giménez Fernández, ex-ministro de la CEDA, declaraba su voluntad de «dar al olvido esa catástrofe, a cuyo fin se esforzará por borrar todo recuerdo de la contienda» (manifiesto de octubre de 1956).

Al año siguiente, era el Partido Socialista Obrero Español el que reconocía que las nuevas generaciones del interior de España guardaban «remoto recuerdo» de la guerra y comenzaban a definirla como «inútil matanza fratricida» (*El Socialista*, 22 de agosto de 1957). Lo mismo, casi exactamente, que haría dos años más tarde la también minoritaria y selecta oposición monárquica afecta al pretendiente exiliado en Portugal, don Juan de Borbón: «creemos que una guerra civil es una inmensa tragedia sobre la que no cabe fundar el porvenir» (Joaquín Satrústegui en la presentación de *Unión Española* en el Hotel Menfis de Madrid el 29 de enero de 1959). Incluso el semanario *Ecclesia*, portavoz de la cauta jerarquía episcopal española, empezaba a reflejar los aires preconciarios impuestos por el nuevo Papa Juan XXIII y expresaba en 1959 su deseo de «llegar a la reconciliación de todos los españoles».¹⁵

14. Juicio expresado con motivo del fallecimiento del escritor el 3 de enero de 2003. *ABC* (Madrid) y *Hoy* (Cáceres), 4 de enero de 2003. *Los cipreses* fue publicada por primera vez en marzo de 1953 por la editorial barcelonesa Planeta, entonces una pequeña empresa familiar. Antes de terminar el año había cuarta edición. Traducida a siete idiomas extranjeros, lleva vendidos seis millones de ejemplares en España y Latinoamérica. Javier Casado, «Ciprés para Gironella y sus diez millones de libros», *La Nueva España* (Oviedo), 5 de enero de 2003.

15. Las proclamas comunistas y socialistas en Pierre C. Malerbe, *La oposición*

La principal y decisiva consecuencia política e ideológica, a la altura de los años sesenta, de esa mayoritaria conversión popular de la gesta heroica en una locura trágica fue el eclipse de los odios y rencores del pasado en favor de una básica lección moral asumida y compartida para el futuro: «Nunca más la guerra civil» (o lo que es lo mismo: «Ante todo y sobre todo, paz»). Se trataba de una transformación de principios de cultura cívica (al compás del inevitable reemplazo biológico generacional) que renunciaba a la inculpación ajena para reconocer la culpabilidad colectiva del comportamiento brutal de los españoles en la contienda. El consecuente arrepentimiento y propósito de enmienda implicaba, a su vez, cierta amnesia en la medida en que el perdón recíproco exige el olvido voluntario y, en su corolario lógico, la amnistía.

Una muestra clara de esa nueva actitud popular se refleja en el éxito del llamado «cine de reconciliación», en el que se enmarcan, con distinto grado de compromiso, películas como *La venganza*, de Juan Antonio Bardem (1957), *La fiel infantería*, de Pedro Lazaga (1959), o *Tierra de todos*, de Antonio Isasi Isasmendi (1961).¹⁶ En esta última, por ejemplo, dos soldados enemigos extraviados se ven en la obligación de ayudar a una mujer embarazada que está a punto de dar a luz en medio de una mortífera batalla. Cuando ambos la transportan en una improvisada camilla al hospital, una bomba acaba con sus vidas. Pero sobre el cráter del proyectil nacerá el bebé, símbolo de una España nueva.

16. Román Gubern, 1936-1939. *La guerra de España en la pantalla*, Madrid, Filmoteca Nacional, 1986, pp. 118-130. Cfr. Magí Crusells, *La guerra civil española: cine y propaganda*, Barcelona, Ariel, 2000, cap. 6.

al franquismo, Oviedo, Naranco, 1977, p. 108; y S. Juliá, «Echar al olvido. Memoria y amnesia en la transición», *Claves de Razón Práctica*, n.º 129, 2003, pp. 14-24. Las cristiano-demócratas, monárquicas y episcopales en J. Tusell y J. Calvo, *Giménez Fernández, precursor de la democracia*, Sevilla, Mondadori-Diputación Provincial de Sevilla, 1990, p. 268; y J. A. Biescas y M. Tuñón de Lara, *España bajo la dictadura franquista*, Barcelona, Labor, 1982, pp. 327 y 336.

La significación alegórica y el mensaje político es aún más explícito en la película de Bardem, un militante comunista clandestino que propagaba la nueva política de reconciliación nacional. En la misma, un escritor caminante (protagonizado por Fernando Rey) se encuentra con los dos protagonistas (emblemas de los dos bandos) y pronuncia ante ellos una reflexión moral que podría considerarse la clave de toda la obra:

Que muchas veces los enemigos lo son por estar apartados y sin hablar, y no por otra cosa. Porque nadie puede vivir solo, ni nadie está solo, y cada hombre debe contar con su vecino. Y, así, la mejor palabra es *amigo*, que quiere decir lo contrario de egoísta. Al amigo se le conoce porque olvida, y si ha de perdonar, perdona. (...) Esta tierra nuestra, lo que conozco de ella, es grande y hermosa. A ratos, buena. A ratos, mala..., y en ella estamos todos juntos. Todos somos vecinos, y todos podemos ser amigos. Por eso, nadie puede sembrar cizaña y llamar a unos buenos y a otros malos. Porque de todo hay, y mezclado. Se me antoja que todos formamos una gran cuadrilla, cada uno con sus cosas por dentro, pero todos juntos. Todos a la par. Todos segando la misma mies.¹⁷

Si fuera preciso tratar de cuantificar el grado de implantación popular de esa nueva visión trágica y doliente de la guerra, cabría recurrir al apoyo recibido por el decreto gubernamental de 31 de marzo de 1969 que declaraba prescritos «los delitos cometidos con anterioridad a la fecha del 1 de abril de 1939»: de los 1.953 encuestados por el Instituto de Opinión Pública, un 77% lo consideraba «muy bien» o «bien», sólo un 6,5% lo veía «regular» o «mal», en tanto que un mero 14,4% optaba por no opinar.¹⁸

Como han señalado numerosos autores y analistas, en esa lección moral sobre la culpabilidad colectiva en la locura de la tragedia

17. R. Gubern, *op. cit.*, p. 128. Subrayado original.

18. P. Aguilar, *Memoria y olvido de la guerra civil*, pp. 147-148. De hecho, sólo a un 1,9% le parecía verdaderamente «mal».

española se encontraban los firmes orígenes culturales y antecedentes sociales que hicieron viable la gran operación política de desmantelamiento del régimen franquista y de transición pacífica hacia la democracia que se pondría en marcha tras el fallecimiento del general Franco el 20 de noviembre de 1975.¹⁹

Es significativo que los sectores más intransigentes del régimen franquista fueran los que más se resistían a esa tendencia revisionista sobre el carácter de la guerra, porque ponía en cuestión la legitimidad de la victoria que fundamentaba el propio régimen. El almirante Luis Carrero Blanco, vicepresidente del gobierno y auténtico *alter ego* de Franco desde 1941, anotó para su Caudillo a principios del año 1970: «El tópico de que ya no hay que hablar de la guerra es una manifestación más del opio que se quiere dar a la generación que no la conoció».²⁰

Y serían los sectores más aperturistas del propio franquismo los que replicarían al hombre fuerte del inmovilismo y recogerían la voluntad dominante por entonces en la sociedad española. En palabras de Manuel Fraga Iribarne en 1972: «[ha] llegado el momento no sólo del perdón mutuo, sino del olvido, de ese olvido generoso del corazón que deja intacta la experiencia».²¹

19. A título ilustrativo, baste mencionar a Rafael López Pintor, *La opinión pública española: del franquismo a la democracia*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982; y S. Juliá, «Orígenes sociales de la democracia en España», en M. Redero (ed.), *La transición a la democracia en España*, monográfico de la revista *Ayer* (Madrid), n.º 15, 1994, pp. 165-188.

20. J. Tusell, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, p. 372.

21. Citado en Charles T. Powell, «Crisis del franquismo, reformismo y transición a la democracia», en J. Tusell y otros, *Las derechas en la España contemporánea*, Madrid, UNED, 1997, p. 250.